

Una nueva ruta

Respuesta a los economistas

Juan Carlos Echeverry
Enero de 2022

En tiempos recientes se ha construido un diálogo entre un grupo numeroso de economistas que se ha traducido en un esfuerzo por escribir lo que podríamos llamar el “Consenso de Bogotá”. La agenda contempla una propuesta de crecimiento, crear un nuevo “contrato social”, consistente en reformas de pensiones, mercado laboral, gasto público, tributación, entre otros temas. Este grupo de economistas dirigió una carta a los pre-candidatos presidenciales. Lauchlin Currie decía que cuando los economistas colombianos se ponen de acuerdo en algo, hay que tener cuidado. A continuación, expreso mis personales reservas frente a este “consenso”.

Crecimiento

La propuesta sobre crecimiento se basa en una serie de multiplicadores aplicados a un grupo de reformas consideradas indispensables. En el pasado hemos aprobado muchas reformas en el congreso con trascendencia e impacto, y no se ha observado el impacto sobre crecimiento que se derivaría de esos multiplicadores. Esto lleva a pensar que no es acertado suponer un efecto mecánico hacia el crecimiento de una agenda reformista. Se necesita mucho más para que la economía crezca.

Se debe ir más allá del enfoque reformista. Las multilaterales del Consenso de Washington aconsejan a los gobiernos reformar esto y aquello. Lo seguimos haciendo a lo largo y ancho de América Latina, y para asombro de Washington y de los economistas, los países no crecen más. Por qué, entonces, insistir en multiplicadores que no funcionan.

La economía actual sucede básicamente en 49 municipios de Colombia donde hay alto valor agregado. En los restantes, 1,073, ocurre muy poco valor agregado. Que los 49 municipios relativamente ricos prosperen y crezcan no parece ser suficiente. Se necesita “crear” nueva economía en todo el territorio nacional, en especial en los de bajo valor agregado.

Esto requiere emplearnos a fondo en las provincias, con ofertas de vías, crédito, centros logísticos de pos-cosecha y frío, aduana, tecnología, logística y reducción de costos. Para esto hace falta mucho más que reformas y leyes. Se necesita una transformación económica con apuestas regionales, sumada a un agresivo cambio en la gerencia y la gestión estatal y gremial de identificación de potenciales milagros regionales, apertura de mercados, asociatividad y apuestas competitivas.

Para esto hay una coyuntura favorable: con la declinación gradual de los hidrocarburos se abre la posibilidad de curar la enfermedad holandesa y genuinamente “crear” nueva economía donde no la hay. La transformación de Ecopetrol nos enseñó que esos cambios son posibles con una gestión intensa en el territorio, cambiando la cultura empresarial y la disciplina operativa. Esto implicaría una transformación a fondo del Estado actual, ineficaz, ombliguista, entorpecedor y centralista.

Fuerza además una descentralización urgente para que las cosas sucedan en el territorio y no en modelos de Bogotá. Se trata de bajar costos y ser capaces de competir y de asociarnos con jugadores globales. La visión mecanicista de la economía, en mi concepto, nos ha llevado a dejar que los modelos piensen por

nosotros, con un análisis económico que no esclarece la raíz del problema, y orienta al Estado a un enfoque reformista, insuficiente para Colombia y América Latina.

Hemos despreciado el poder transformador de la gestión y desechado entender por qué no funcionan las cosas en el terreno. No entendemos el terreno donde habitan, sin empleo promisorio, diez millones de colombianos informales, muchos de ellos dedicados al rebusque, y cinco millones de mujeres no conectadas a la economía de mercado.

Contrato social, pensiones y mercado laboral

Importantes representantes de este consenso han propuesto un “Nuevo Contrato Social”, nombre de moda entre las multilaterales de Washington, consistente en adoptar rentas básicas en Colombia; en mi concepto, sin tener con qué. Un par de pre-candidatos presidenciales se subieron en esa ola. No entiendo cómo se propone gastar de esa forma la plata de otros. Menos aún con una economía que sale de la pandemia con un déficit fiscal cercano al 8% del PIB y un nivel de deuda pública cercano al 70% del PIB.

La renta básica convertiría a millones de jóvenes y familias en dependientes del estado, enviándoles la señal de que otros deben hacerse cargo de ellos. No es lo que quieren los jóvenes, ni las poblaciones pobres de ciudades como Tumaco, que quieren oportunidades y la capacidad de desarrollar vidas llenas de propósito, asumiendo riesgos, con la posibilidad de éxito, fracaso y aprendizaje.

La propuesta de pensiones dejaría a los colombianos con un sistema voluntario, difícil de clasificar o implementar y una completa inseguridad en la vejez. Solucionaría el efecto financiero y fiscal, pero al costo de eliminar el sistema de aseguramiento y solidaridad. Cuesta trabajo entender cómo eso soluciona un problema pensional consistente en contratos firmados por tres generaciones de colombianos, respaldados por sólida jurisprudencia y sucesivas reformas. Siento que no tendría acogida en el Congreso por irreal y destructiva de los sistemas existentes. La solución no puede ser acabar con los dos sistemas de pensiones actuales, y así terminar con el “problema pensional”, por sustracción de materia.

Se propone acabar las Cajas de Compensación y la cotización para el Sena. Supuestamente porque eso generaría un sinnúmero de empleos. No compro esa historia ni su sustento conceptual, que no pasa de ser aritmética sin economía. La economía actual genera los empleos que son eficientes. Una disminución del X% en los costos laborales no va a crear 10 millones de empleos, si no se da un cambio sustancial en el volumen de negocios y la creación de economía en Colombia.

El SENA y las Cajas de Compensación son instituciones que han funcionado y cuyos problemas actuales hay que solucionar. Tienen una gobernanza novedosa, de concertación y dan resultados. Un empresario colombiano en Trujillo, Perú, me dijo que la diferencia entre los dos países era la labor formidable que hacían las Cajas de Compensación en Colombia, una vez los trabajadores dejaban la planta de producción y se iban a sus casas. En Perú, se quejó, no había tal cosa. Antes de destruir algo que funciona, nos debíamos preguntar con qué lo vamos a reemplazar. Estoy persuadido que el Estado haría muy pobremente lo que hacen la Cajas.

En el frente laboral, que ha estado en el centro de la controversia reciente, se presume que la economía actual puede crear 10 millones de empleos formales, si solo los salarios mínimos no crecieran o inclusive si cayeran. Nada más equivocado. La formalización es una prioridad y pasa por modificar las normas laborales y tributarias,

haciendo suaves y continuos escalones de las regulaciones que hoy son demasiado altos y discretos, que crean incentivos perversos.

Me detengo en el tema del aumento del salario mínimo del 2021. Su fijación debía partir no de los multiplicadores, sino de valorar el sufrimiento familiar de los últimos 18 meses, así como de las preocupantes noticias que llegan de Chile y Perú. Incluso de EE.UU. Tenemos una situación de ilegitimidad del sistema de mercado. La economía sencillamente sólo funciona para unos pocos. De hecho, la celebración por el crecimiento económico de 2021 deja de lado que es un crecimiento empresarial aún ineficaz para cambiar la realidad de las 10 millones de familias más pobres.

Un gesto como un aumento salarial de 2.5 puntos porcentuales por encima de la inflación y el aumento de productividad, fue oportuno después del Covid, del sufrimiento, la desesperanza y el descreimiento. Envié un mensaje de un capitalismo generoso y solidario. Los propios empresarios lo respaldaron, al tiempo que muchos economistas anunciaron un cataclismo.

Se pone demasiada importancia a una sola variable, el salario, mientras somos testigos de cómo muchos funcionarios estropean la producción en miles de empresas con trabas, regulaciones y mayores costos. Se considera inamovibles muchos contratos profundos como la energía, las carreteras, el crédito, los SSPP, los impuestos, etc., con lo cual los salarios medio y mínimo terminan siendo las variables de ajuste. Es una de las razones por las cuales el salario medio no sube.

El argumento de que muchas cosas están indexadas al salario mínimo debiera llevar a des-indexarlas, y no a poner una prohibición a subir el mínimo. China y Vietnam han subido su salario mínimo en varios múltiplos en un período breve. La clave ha sido aumentar el volumen de negocios y poner a sus economía continuamente a entrar en nuevas actividades.

Tributación

Para adelantar la agenda de generosidad asociada con el llamado nuevo contrato social, se propone ahogar a la economía en impuestos, recaudando hasta cuatro puntos porcentuales adicionales del actual PIB. Esa fue en parte la inspiración de la reforma tributaria rechazada en las calles, inspirada en recomendaciones de Fedesarrollo, BM, BID, FMI y OCDE. El ministro del momento tuvo la valentía de presentarla y defenderla. Muy pocos lo acompañaron cuando se desataron las protestas.

Dije en su momento que la reforma quitaba el 56% del ahorro de la clase media, justo en el momento que las familias más no necesitaban. Me opuse abiertamente a esa reforma tributaria por inoportuna. Es una verdad de a puño que la economía actual no da para las tareas estatales inminentes. Debemos pensar cómo transformarla a fondo. Ahogarla en impuestos en lugar de transformarla me parece la receta equivocada.

En síntesis

Estoy convencido que, sin gestión en el terreno, realmente transformadora, las reformas de pensiones, laboral, tributaria, gasto social, etc., no cambian de forma eficaz lo que hace la gente y cómo lo hace. No es desde el Congreso como se transforma a Colombia. Desde allá meramente se reforman textos y se tramitan leyes.

Lo que sucede en Nariño, El Cauca y el resto del litoral Pacífico, y los 1,073 municipios de bajo valor agregado sobrepasa el limitado esquema con el que el Consenso de Bogotá espera que pensemos al país.

Mi diferencia más profunda con el Consenso de Bogotá es sobre el papel de las llamadas “recomendaciones de política”: recetas, leyes, normas, estudios, etc. Para explicar la diferencia usaré el símil de las recetas de cocina. Hay un asombro en Colombia y América Latina de que la comida preparada con buenas recetas sabe mal y alimenta poco.

Olvidan que entre la receta y el sabor del plato preparado media la calidad del cocinero. Un buen cocinero es riguroso en las proporciones de la receta, la mezcla en el orden y momento preciso, aplica la temperatura indicada, por el tiempo señalado, la saca del fuego oportunamente y la sirve tal como especifica la receta. Esa es la diferencia entre los buenos y malos restaurantes que venden la misma comida. Es el chef, no la receta. Claro, un buen chef además innova y mejora la receta, pero no entremos en eso.

Es decir, las instrucciones de los economistas se traducen en transformaciones adecuadas de la realidad económica y social si son aplicadas por una persona o grupo de personas suficientemente consistentes, persistentes, concienzudos, éticos y dedicados, para garantizar que se dé el resultado esperado.

La clave está en la calidad de los funcionarios, de los equipos de gobierno, la claridad de su liderazgo, la consistencia en seguir un derrotero hasta obtener el resultado; la agudeza para identificar desviaciones fatales y corregir el rumbo, la dedicación a controlar que todos los equipos funciones hacia el mismo objetivo; el tiempo dedicado a entrenar continuamente a los equipos para “cocinar bien” las políticas públicas; en fin, hay muchas formas de malograr una buena política pública; y tal vez sólo una de acertar. Esa, para mí, es en buena parte de la diferencia entre Alemania, Japón, Corea, de un lado, y Colombia o América Latina, del otro. No tanto las recetas, sino los cocineros.

A eso me refiero con la palabra “gestión”, normalmente incomprendida y despreciada por la profesión económica. El ingrediente más importante de la gestión de un equipo es contar con el liderazgo correcto, el chef, que gobierne bien la cocina. Los mejores ayudantes no funcionan sin el liderazgo correcto. Un liderazgo equivocado no sólo escoge recetas inadecuadas, sino que pervierte inclusive las más oportunas y sofisticadas. Las prescripciones de política económica son un recetario; la gestión y la administración, en cambio, es el arte y la ciencia de dar resultados. De lo que trata siempre, es de dar resultados. Buenos resultados.

Respetuosamente y con humildad les he contado mis reservas sobre una serie de propuestas que he leído y escuchado en años y meses recientes, que constituyen un esfuerzo interesante por pensar al país, pero que no comparto por las razones reseñadas. Una fortaleza de Colombia son estas discusiones de política pública. Agradezco la carta a los pre-candidatos presidenciales, y espero con estas reflexiones contribuir a un sano y oportuno debate de ideas y opiniones.

Con gratitud y respeto,

Juan Carlos Echeverry